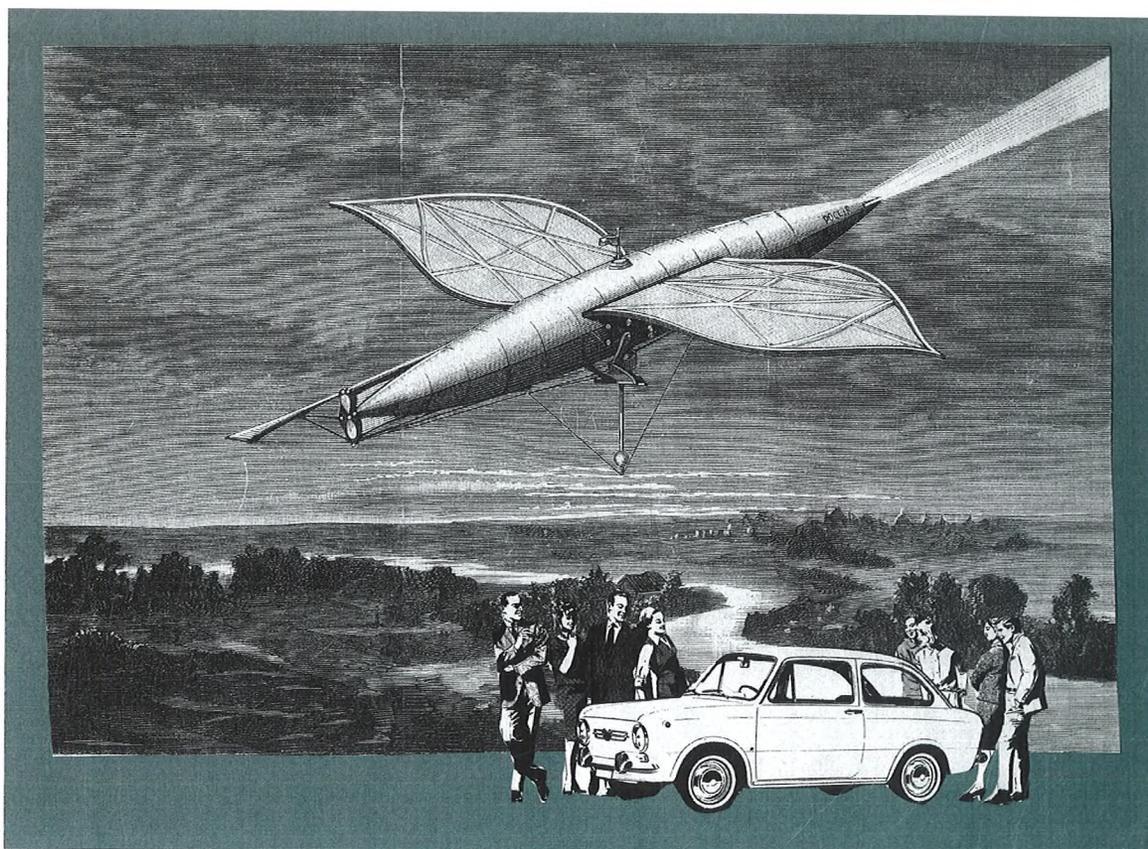


Volver a Juan García Hortelano

Lluís Izquierdo



1 .- Toda obra literaria constituye una visión del mundo, y es un filtro a la vez de la tradición en la que se inserta, con la aportación específica del autor a comentar, más allá del entretenimiento que nos procure. Ello implica por tanto la atención debida a las circunstancias sociopolíticas de un país y un tiempo concretos; en nuestro caso, las referentes a la España de la segunda mitad del siglo XX.

JUAN GARCIA HORTELANO
EL GRAN
MOMENTO DE
MARY TRIBUNE

 BARRAL



Juan García Hortelano fue el albacea irreductible del franquismo, de su mortificante cotidianeidad en el contexto europeo y de la desolación cultural sufrida con la guerra civil que, tras una infancia republicana, ve amputada la libertad personal y común. Y el giro no es sino el retroceso a un Estado con el rostro del dictador acuñado -por la gracia de Dios- en las monedas, a lo largo y constreñido de años a sobrellevar con licencia eclesiástica.

La obra de JGH procede a la averiguación de la realidad, mediante el ejercicio de nuevos asedios para su representación cabal, desde el registro minucioso de sus detalles a la apuesta por una libertad que los trascienda, tensa entre la nostalgia y las cábalas por alcanzarla. De ahí la actividad de una imaginación reactiva que desenmascara el ritual burocrático y capta a la vez el humor de unos diálogos cuya vitalidad alivia oral el curso mortificante de tiempos dictados.

En este sentido, *El gran momento de Mary Tribune* es un paradigma de la vibración experiencial a registrar del pasado y una memoria que de lo manifiesto a lo implícito rescata la relectura. Entre burlas y veras representa un momento ejemplar de su producción y, a través de los diálogos, perfila una imagen precisa del mundo administrativo o ministerial. Además del tono *divertente*, aporta un valor documental que lo hace insustituible como hito referencial crítico de la cotidianeidad y de los apuros, roces y ambigüedades a superar para subsistir en épocas y apuros como los del franquismo. Más allá de este, acertó en presentir y calar en las deficiencias de cualquier proceso.

2.- De la memoria y balance testimonial e imaginativo de JGH al hilo de los penúltimos años de la dictadura, pasamos a *Gramática parda*, texto específicamente singular (novela y a la vez síntesis de los recursos semánticos para desentrañar la realidad a tono con el proceso temporal y sus exigencias) que caracteriza su premonitoria retrospectiva crítica de la transición.

En efecto, si *El gran momento de Mary Tribune* es una referencia obligada de los años '70, *Gramática parda* significa el paradigma crítico del último cuarto del s. XX. En la llamada transición democrática rastrea el autor los achaques y otea los trapicheos por superar de los malos usos dictatoriales, sin hacerse ilusiones con los venideros. En la transición descubre o no le es posible desatender las inevitables transacciones del poder.

A la lucidez crítica del texto importa añadir la característica evidente de su vinculación expresa con lo visual, en este caso la apuesta implícita de enlace con el cuadro de Henri Rousseau *La libertad invita a los Artistas a participar en el XXII Salón*

de los Independientes. Se trata de una ilustración de la polaridad madurez/infancia, materializada por el gran naif que tanto Picasso como Apollinaire respetaron y que sobrevivió precariamente, sin perder el ánimo jamás. En la novela, ese talante pasa a habitar el genio por estrenar de Duvet, siempre vivo y sólo amenazado por el ingreso en la escuela que la condenará a dejar de ser Flaubert.

En cualquier reedición de *Gramática parda*, la reproducción del cuadro de Rousseau resulta imprescindible, tanto como lo es la tensión latente entre madurez e infancia, memoria y olvidos, abstracción especulativa y concreción ilustrativa. En rigor, la complementariedad de lo general a lo particular que opera como gozne indudable de sus páginas, se acentúa visionario en los extraordinarios relatos de los últimos años '80, *El mandil de mamá* y *Ayer, en la España nueva*. El carácter lúdico de sus páginas en absoluto distrae de la gravedad con la que imanta e inquieta al lector.

No parece que se haya advertido bastante el hecho de que en el cuadro de Rousseau, sólo un par de féminas asisten a la invitación de la libertad. El protagonismo de las mujeres, prácticamente único en *Los vaqueros en el pozo*, retorna intenso en la producción final del autor. Como siempre, el vaivén de lo uno a lo otro (de lo genérico a lo excepcional, del pintor Rousseau al paseante pensador solitario, de la luz aparente del día al consuelo nocturno de las farolas) constituye la apuesta sin descanso de un impaciente adivino de la realidad. Véanse, si no, estas líneas de *Ayer, en la España nueva*:

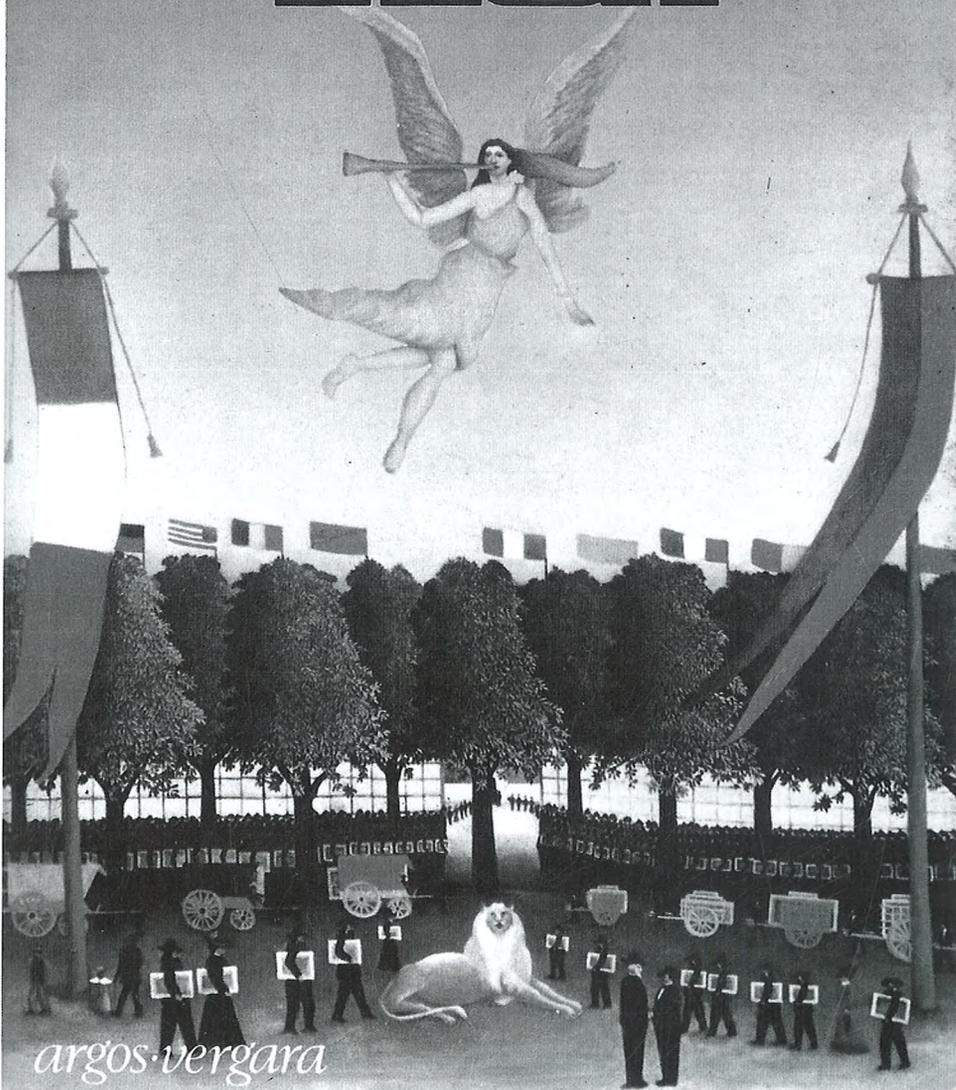
... no compartas ese tópico de la gente vulgar que supone que algo cambia cuando cambian los que tienen el poder, porque es el poder el que cambia a los hombres. Sin embargo no quiero entristecerte con asuntos de filosofía política. Pensar en la patria melancoliza. No, lo que quiero es explicarte que a unos amigos se les ocurrió **la razonable idea de rentabilizar unas hectáreas** [...] para una urbanización, esa clase de ciudad jardín, pero a la moderna[...] Antes de nada, mis amigos consiguieron la promesa de recalificación del suelo.

El curso narrativo verifica los estragos del ejercicio del poder con sus abusos, mediante el paso de la dimensión reflexiva -suponer que algo cambia porque cambien sus detentadores- a la comprobación de que una vez más la liquidez se impone. Los subrayados de la cita trenzan el pasodoble que oscila de la figuración teórica a su materialización abusiva o, se diría, práctica.

Gramática parda resume y detalla -concentra y particulariza- los asedios y logros de una experiencia literaria en proceso de un narrar en tensión constante.

Juan García Hortelano

GRAMÁTICA PARIDA



argos vergara

Volver a Juan García Hortelano

De la novela al relato, o del cuento a la *nouvelle* y al periodismo actuante (atento a Boris Vian y a Onetti, meticuloso tanto en la práctica creativa como en sus estu-
pendas crónicas futbolísticas) logra el autor un discurso entreverado de poesía y
ráfagas de jerga ejemplarmente municipal y ecuménica. Su legado a los lectores
compendia y resume el testimonio raso y materialmente levitante de un ver recep-
tivo equiparable a la transparencia del prodigioso oído que tanto y tan bien supo
recuperar diálogos de tiempos idos. Pero vivos en el rescate sutil de su escritura.

Escritura y visualidad

3.- En tres palabras -una persona y dos conceptos, como envite a explo-
raciones para las que convendría disponer de un espacio paralelo al de
sus páginas- cabría resaltar el relieve inconfundible de la singularidad de
Gramática parda.

En primer lugar, la figura de Duvet y su interacción con Venus Carolina
Paula, verdadera heroína complementaria de la independencia a conseguir, más
acá del hogar volcado a la formalidad burguesa convencional. El lector debe consi-
derar el cuadro del genial douanier Henri Rousseau (básicamente duvetiano) y la
rúbrica del pensador Jean Jacques, o sea el paso a dos de lo naíf y de lo pensativo,
de la niña intelectual y de la fámula curtida, la poesía en la buhardilla levitante sin
tregua en Duvet y su trágico desenlace, uno de los aciertos de tácita solemnidad
tan discreta como desestabilizante. Pues la introducción a la supuesta vida normal
-escuela, uniforme- equivale para la pobre Duvet a la liquidación de su libertad.
Queda claro que a partir del paso a la madurez, crecen las hipotecas de la libertad.

Libertad y desolación son recurrencias reiteradas en la averiguación que
por el sentido de las cosas jamás cesó de investigar J.G. Hortelano. En la cristali-
zación formal impecable de tantos de sus cuentos y relatos (*El dueño del hotel*, *Los*
archivos secretos y los de finales de la década de los años '80, sin olvidar la melanco-
lía e inquietud de *Riánsares y el fascista*), lo que se produce es un testimonio crítico
irreductiblemente singular del cuarto final del s. XX.

4.- En un balance abarcador del estado de las cosas entonces, y al acecho de
lo real hasta el presente (es decir, hacia el tiempo sucesivo que sólo registran
los olvidos imborrables de la memoria), la obra de JGH supone una aporta-
ción imprescindible para entender(nos) en la tragicomedia histórica de los
años que pasan y de los daños que todavía pesan. Escribir es reconocer el balance a

menudo precario de la realidad. Si se procede a su examen con la atención debida al autor de *Gramática parda*, se diría que su estilo, en conexión con exploraciones finales patentes en los títulos citados y latentes sin duda en su laboratorio mental incansable, consiste en perseguir el sentido del vivir y en no ceder jamás. En fin, su aspiración diría ser la de trazar el triste apocalipsis, o el sarcástico balance, de la marcha socioconvivencial de un país, España. Sin perder el humor, por cierto.

Por otra parte, remite o puede interpretarse que corresponde a dos momentos de la historia de España, con sus actitudes y representantes respectivos: el de los primeros años de postguerra, victoriosos e inasequibles al desaliento, representado por las nostalgias del hidalgo don Teobaldo García y García, y el alusivo a la transición y a los primeros ejercicios democráticos que simboliza. Reproducido el

El escritor en Barcelona con Ana María Moix (foto de Colita)





J. G.ª Hortelano (primero por la dcha) en el jurado del Premio Biblioteca Breve (Barcelona, 1970) con Julio Cortázar, Salvador Clotas, Félix de Azúa, Mario Vargas Llosa, Carlos Barral, Gabriel G.ª Márquez y Josep M.ª Castellet

famoso cuadro por el aduanero en el saco de viaje de don Teobaldo, ese episodio inicial apunta al cambio de espacio y mentalidad a los que introduce la pintura. Es también un preámbulo a la ironía relativizadora de todo por el carácter dialógico del texto, que desde dicha escena pone en tela de juicio primordial la concepción unívoca del discurso. El intercambio de concertados desatinos entre lo francés y lo ibérico -vía una Europa transgermánica- supone su elocuente teatralización. En definitiva, la liberación mental de todos los personajes más allá del realismo es la única realidad y el motor que, mediante la interlocución incesante, mueve los hilos

de la trama e invita a la incorporación activa de la lectura. Las voces han de interactuar y ello supone compartir el discurso. Es el envite cabal de *Gramática parda*, como propuesta de discurrir por los enigmas y amenidades del texto.

Unas líneas de obligada lealtad

5.- La flexibilidad teórica y experiencial de *Gramática parda* y la fluidez de *Mucho cuento* y *Cuentos contados*, hacia el fin de su carrera, irradian el filtro lúdico y el saboreo de la lucidez de su producción. Plantean o establecen un doble campo: cualquier lector construye su antología y hasta el menos convencido de los profesores, o el más receloso ante categoría semejante, diseña la selección que mejor le vaya para aleccionar (¿seleccionar, evaluar?) a sus alumnos. A partir de aquí, sus efectos serán más o menos eficaces, según el talante del docente, la disposición de los receptores y el contexto determinante del binomio. O sea, y respectivamente: cuanto más didáctico el profesor, más reductivo; cuanto más aplicados los estudiantes, tal vez menos receptivos; y, según la literatura de que se trate -atendiendo a los condicionantes del poder que la privilegia estéticamente-, cuanto más celebrada, menos *lograda tal vez*. Lo que determina la literatura, determina asimismo su alcance. Y el poder que la abona rara vez es garantía de su solvencia cultural. A fuer de evidente, una literatura capaz de trascender tantos imponderables, resultaría apenas visible. Y la única decisiva: es el caso de *Los vaqueros en el pozo*, aunque ayuden a verlo las dos grandes novelas que flanquean el relato.

Mediante la radicalización del contraste entre lo popular afectivo y su versión especulativa hacia el plano intelectual, *Gramática Parda* supone la plasmación efectiva -o la realización fáctica, por contundente- del estado de las cosas en aquellas circunstancias que -sin otro Estado que la dictadura- venía a ser la España (siempre aspirante a serlo) del último cuarto del s. XX. Quien esto escribe la considera su paradigma narrativo cabal.

Tiene asimismo algo de apuesta, de diagnóstico urgente a remediar con el antivirus necesario y la lucidez devastadora de una melancolía que, como la escritura enfrentada a cualquier tropiezo, no se rinde jamás.

Juan García Hortelano operó una suerte de cálculos muy medidos como apuesta por la averiguación del destino imaginable -sin la Unidad franquista de la asfixia en lo Universal- para habilitar una convivencia durable. Maravilloso empeño que aún colea, pues aborda nada menos o asume como envite la averiguación del sentido real de la vida, que es el meollo de lo auténtico a desentrañar.